



ME ES IMPOSIBLE, POR RAZONES DE ESPACIO MATERIAL, MANIFESTAR NOMINALMENTE MI AGRADECIMIENTO A TODAS LAS PERSONAS QUE ME HAN AYUDADO A REALIZAR ESTE REPORTAJE. SIN EMBARGO, NO PUEDO OMITIR UN ESPECIALÍSIMO Y SINCERO TESTIMONIO DE GRATITUD A LOS SOBRINOS DE ANTONIO JOSÉ, POR HABER PUESTO A MI ENTERA DISPOSICIÓN LAS PARTITURAS, ESCRITOS, FOTOGRAFÍAS Y DOCUMENTOS PERTENECIENTES AL MALOGRADO COMPOSITOR. ■ S. R. S.

La «belle époque» de Burgos

A comienzos de siglo Burgos es una pequeña ciudad provinciana, un poblachón mesetario en el que a duras penas conviven el recuerdo de unas glorias remotas y la realidad de un presente más artesanal que industrial, más burgués que aristocrático, más conservador que liberal. Los lavaderos de lana, desvaídos herederos del antiguo esplendor de la Mesta, ocupan las riberas del Arlanzón. En los tenderetes del Corralón de las Tahonas, los panaderos venden las hogazas a veinticinco céntimos el kilo, y la voz popular satiriza el alza de los precios: «A la jota, jota, debieran multar/a los panaderos por subir el pan...». En la plaza mayor, a la sombra voltariana de la estatua de Carlos III —apodado el «rey moro» sin duda por el oscuro color del bronce—, se instalan los tingladillos ambulantes de pellejeros, queseros, verduleras, tejedores y cordeleros. El «Cascarrosario», esperpéntico personaje ataviado en cualquier estación del año con una raída capa azulena, pregona su piadosa mercancía: escapularios, medallas, estampas milagreras, relicarios, lamparillas... La señora Bruna, acompañada a la guitarra por un ciego llamado Domingo, salmodia en ruines coplas la gesta ultramarina de Ruperto Martín, el horrendo crimen del Cerro Montoro o los estragos causados por la última invasión del dengue. Un wagneriano a ultranza, «El Moreno», frutero de la plaza alledaña a la catedral, tañe el clarinete al frente de una mísera orquestina de viento empecinada en pasmar a los italianizantes con el público estreno de «El crepúsculo de los dioses»...

Burgos, «belle époque»: ha llegado el progreso. En un barracón de la calle de San Juan se exhiben las mudas primicias del cinematógrafo. El primer automóvil particular —matrícula M-1.111— brinca escandalosamente por las recoletas callejuelas. En la plaza de toros, el

EN BUSCA DE UN MUSICO PERDIDO ANTONIO JOSÉ

acróbata Budoy hace malabarismos colgado de un globo aerostático. En el Espolón —el más afamado paseo de la ciudad—, los obreros y artesanos deambulan por la orilla del río y respetan la franja de terreno contigua a los edificios, pues está consuetudinariamente reservada al tránsito de la «buena sociedad» burgalesa...

Burgos, 13 de diciembre de 1902: en una casa próxima al bullicio menestral y pícaro de la plaza mayor nace un niño. Su padre, Rafael Martínez Calvo, es maestro confitero y persona de apacible y cordial temperamento; su madre, Angela Palacios Berzosa, es una campechana y enérgica moza de Ibeas de Juarros, pueblecito cercano a la capital. El niño es bautizado en la parroquia

de San Lorenzo con el nombre de Antonio José. Es el segundo hijo del matrimonio; pocos años antes, el 19 de enero de 1899, ha nacido el primogénito: Julio. Al correr de los años Julio será periodista; Antonio José, músico. Ambos vivirán unidos por una entrañable amistad fraternal, nunca paliada por la distancia o la diferencia de caracteres. Y ambos, en el otoño de 1936, morirán trágicamente.

Primeros compases

Antes de cumplir los siete años, Antonio José comienza a acudir a las Escuelas de San Lorenzo. El

maestro de catequesis, un seminarista de dieciséis años llamado Julián García Blanco, advierte en el niño visibles facultades musicales y le da las primeras lecciones de solfeo, canto y piano. Antonio José se convierte en niño de coro e interviene como tiple en las funciones líricas que esporádicamente se organizan en el Seminario de San Jerónimo, donde su joven maestro desempeña el cargo de organista. Se adjudicará a Antonio José el papel protagonista de unas pintorescas versiones de «Gigantes y cabezudos» y «El rey que rabió». Es un niño tímido; le horroriza aparecer en un escenario, e incluso asistir a los ensayos generales. El día del estreno, Julián García Blanco teme que el pequeño artista no se decida a pre-

SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS

El Orfeón Burgalés en la época de Antonio José. El «maestro» —gafas, abrigo claro y corbata de lazo— está sentado en el centro de la fotografía, rodeado por las tiples y contraltos.





Burgos, 1916: grupo de alumnos de las Escuelas de San Lorenzo. Antonio José es el niño vestido de blanco situado en el centro de la fila superior. En esa época ya es autor de media docena de obras.

Imagen primera de Antonio José. Junto a él, de pie, sobre la silla, su hermano Julio.



Le perdí de vista, pero seguimos escribiéndonos. Yo le daba buenos consejos. En fin, ya sabe usted qué clase de consejos solemos dar los curas. ¡Pobre Antonio, qué bueno era! Si no hubiese sido por esos líos de la política...)

Antonio José continúa estudiando en las Escuelas de San Lorenzo hasta los catorce o quince años. A juzgar por sus escritos posteriores, no parece guardar muy buenos recuerdos del sistema pedagógico que allí se aplicaba: «No puedo estar satisfecho —escribía a los veintiséis años— de la educación que he recibido; esa educación sería excelente si nos hablarán desde pequeños con toda verdad».

La música es su tabla de salvación. A los doce años escribe su primera obra «seria»: un himno titulado «Cazadores de Chiclana». Ha cambiado de maestro: el organista y compositor José María Beobide le da lecciones de armonía y composición. A los trece años escribe obras tan estilísticamente dispares como un «Tota Pulchra», para cuatro voces y órgano, y «Schotis», para piano. La fecundidad del joven compositor es portentosa. Cuando, hacia 1920, abandona su ciudad natal la lista de sus obras cuenta ya con casi setenta y cinco títulos. Algunos de ellos —los «15 pequeños trozos para orquesta» (1918), las «Hojas sueltas», para piano (1918); el «Impromptu», para piano (1919); el «Preludio núm. 1», para piano (1920), y el «Preludio núm. 2», para sexteto (1920)— delatan ya a quien, pocos años después, el guitarrista Regino Sainz de la Maza bautizaría en una dedicatoria como «Delfín de la música española».

Los felices años veinte

Es muy difícil seguir las huellas de Antonio José durante el primer lustro de los años veinte. Entre sus papeles personales aparecen fotografías y postales de Venecia, de París, de Roma, de remotos rincones españoles... Se sabe a ciencia cierta que actúa como director de orquesta en un teatro lírico de Madrid, y que mantiene un altercado con el compositor Jacinto Guerrero; Antonio José se niega a dirigir sin «retosques» de su propia mano una zarzuela del autor de «Los Gavilanes», porque, a su juicio, está mal orquestada y plagada de defectos técnicos. No consta de qué modo se resuelve el conflicto. Años más tarde, en unas declaraciones a la prensa, Antonio José afirmará: «De las zarzuelas actuales y de nuestros de testables zarzueleros, sin excepción... no merece la pena ni hablar».

En sus años madrileños, Antonio José es un empedatado explorador de librerías de lance. Sus gafas redondas, su corbata de lazo, sus rasgos físicos —que recuerdan a veces los de Mahler— son familiares a los libreros de la cuesta de Moyano y del pasaje de la Montera. La correspondencia personal de Antonio José está saturada de alusiones a esta irreprimible bibliomanía. «Todos los estudios —escribe en cierta ocasión—, todas las materias me interesan. Siento una obsesante y febril curiosidad hacia el "porqué" de todas las cosas».

Otra de sus grandes aficiones es la fotografía. Provisto de una pequeña cámara de fuelle se dedica con un fervor casi maniaco a retratar todo lo que surge ante sus ojos. Esa apasionada tendencia a la observación y apropiación racional —estética— de los datos obser-

vados influirá, más adelante, en sus tareas de folklorista.

Por esa época traba amistad con otro gran malogrado: Federico García Lorca. Le conoce un buen día en la casa de Regino Sainz de la Maza, que ambos suelen frecuentar con asiduidad.

(Hoy, casi medio siglo después, entre retratos al óleo y guitarras repletas de historias irrecuperables, Regino Sainz de la Maza rememora la imagen del músico desaparecido. En la voz apacible del extraordinario guitarrista vibra, como un bordón, la nostálgica tristeza de los recuerdos: «Federico y Antonio José fueron para mí dos inmejorables amigos. Me dedicaron dos de sus obras más hermosas: Federico, los «Sels caprichos», del «Poema del Cante Jondo»; Antonio José, la «Sonatina para guitarra», una pieza perfecta, insuperable... Ambos eran inteligentes, alegres, profundamente humanos... Antonio andaba medio chiflado con la fotografía; por ahí tengo guardada una foto mía en pijama, estudiando. Antonio era extraordinario como músico y como hombre. Si no hubiese muerto tan joven, quién sabe hasta dónde habría podido llegar...».)

Las andanzas de Antonio José se interrumpen temporalmente a causa del servicio militar. Cumple en un cuartel de Burgos sus obligaciones castrenses. A veces, «con permiso especialísimo», se desplaza a otras localidades para dirigir un concierto o asistir al estreno de alguna de sus obras. En una carta, fechada en diciembre de 1924, relata a un amigo que la Coral de Bilbao ha dado «un festival donde se ejecutaron obras de Wagner, Brahms, Rimsky-Korsakov, Haendel... y un recluta que atiende (?) por Antonio José». En realidad, el joven recluta —que ya no firma, como en su niñez, «Antonio J. Martínez Palacios», sino «Antonio José» escuetamente— es un autor de prestigio nacional. Ha sufrido, por supuesto, baches creadores, y hasta en ocasiones se ha visto forzado por motivos pecuniarios a componer e incluso interpretar piezas tan «frívolas» como un «Rag-Time Chic», la canción «Guachinanguita» y el «fox-trot» para sexteto titulado «Kirkiki», piezas todas ellas destinadas a amenizar los entreactos de las sesiones cinematográficas. En contrapartida, la mayoría de sus obras «serias» —especialmente la «Sonata castellana» (1921), el «Poema de la juventud» (1924), el quinteto «Danza de bufones» (1924) y la extensa serie de «Danzas castellanas» (1922-1925)— son frecuentemente ejecutadas por solistas y masas corales.

sentarse; pero, al fin, éste comparece en el teatrillo y canta con bastante fortuna las romanzas de Ruperto Chapí...

(Don Julián García Blanco ya no es aquel joven seminarista que dio las primeras lecciones de música a Antonio José. Ahora vive en Valladolid y ha sido durante muchos años director del Conservatorio vallisoletano. En su despacho, sentado en la banqueta del piano, abrigado con una toquilla negra, echando de vez en cuando furtivas ojeadas al reloj —media hora después ha de decir misa en la parroquia de Santiago—, don Julián García Blanco habla de Antonio José: «No, no tenía buena voz, pero poseía un oído increíble, una extraordinaria intuición para la música. Apenas tenía ocho o nueve años cuando me entregó, para que yo se las revisara, las primeras cositas que había compuesto. Yo era mayor que él, pero nos tuteábamos; mis padres y los suyos eran muy amigos. Solíamos ir juntos a escuchar los conciertos de la banda militar en el templo de Espolón. Luego, Antonio se fue de Burgos y yo me vine a Valladolid.

ANTONIO JOSÉ

A mediados de la década de los veinte recibe una tentadora oferta: ser profesor de música en el Colegio de San Estanislao que los jesuitas regentan en Miraflores del Palo (Málaga). Aunque Antonio José ama la libertad de movimientos, comprende la conveniencia de un empleo fijo y marcha a Málaga. Pero, naturalmente, no abandona la composición ni se estanca en una fácil inercia creadora. Alguna de sus obras más importantes —varias «Danzas burgalesas» (1925), una solemne y grandiosa «Misa en re» (1925), la «Elegía», para tenor y órgano (1926); las «Evocaciones», para piano (1927); las «Evocaciones», para orquesta (1929), y la «Sonata gallega», para piano (1929)— proceden de esa etapa malagueña. El 13 de abril de 1929 el famoso director Vladimir Golschmann, al frente de la Orquesta Sinfónica de Bilbao, estrena las «Evocaciones» con éxito unánime. Casi simultáneamente Antonio José recibe una nueva oferta: dirigir el Orfeón y la Escuela de Música de su ciudad natal. El sueldo ofrecido no es gran cosa —300 pesetas mensuales—; pero a Antonio José le atrae la idea de vivir junto a su familia. Y definitivamente abandona Málaga y parte hacia las tierras de Castilla la Vieja.

Del Orfeón Bungalés al Congreso de Barcelona

«Volví a Burgos a mis asuntos particulares —escribe a un amigo el 20 de abril de 1929—, y me admiré del entusiasmo de todos por el Orfeón Bungalés. Es un coro formida-



«... un recluta que atiende por Antonio José...».

ble. Tengo una cuerda de bajos (más de 30) de colosal potencia. Me recibieron como al Mesías. Les hablé para saludarlos y comunicarles mis proyectos. Y me aclamaron, y me dieron vivas como a los arzobispos en los pueblos...».

La efectividad de la labor desarrollada por Antonio José en el Orfeón Bungalés desde 1929 a 1936 rebasa lo inimaginable. Antonio José transforma un coro torpe y desorganizado en una masa coral digna de codearse con los grandes orfeones vascos y catalanes. Los orfeonistas tienen una fe ciega en el joven maestro. «Era un compañero ideal —me ha escrito hace unas semanas un antiguo orfeonista, Manuel Riera, discípulo precoz de Antonio José y sustituto ocasional de éste en el manejo de la batuta— y un amigo para todos, bondadoso, desprendido, amable y con una simpatía y personalidad arrolladoras... Por mi lección de piano cobraba la "enorme" cifra de 60 pesetas al mes... Pienso que quizá fue una equivocación hacerle venir a Burgos. Disfrutamos mucho en los años que nos acompañó; pero... ¿qué hicimos nosotros por él? Los que le conocimos, no podemos olvidarle. Yo, personalmente, no he podido creer en su desaparición, y hasta hace pocos años he estado soñando con verle aparecer por ahí, en algún convento, dedicado a su música...».

Antonio José no se limita a dirigir la masa coral. Los ensayos suelen concluir con una clase de teoría o historia de la música. Poco a poco, los orfeonistas van adentrándose, gracias al esfuerzo pedagógico de su director, en el prodigioso universo de los sonidos. Entre sus discípulos —y amigos— predilectos se hallan dos hermanas: Concha y Emi-

OPINIONES DE ANTONIO JOSÉ

(Textos seleccionados y reproducidos literalmente de cartas, entrevistas y escritos inéditos de Antonio José.)

ME interesa al presente, porque es el momento en que vivo; pero pienso en el porvenir, imaginándome como un bello y depurado ideal de superación. Y siento jovial alborozo al observar el gesto de asombro de los hombres calvos y barbudos ante la pericia y el entusiasmo contagioso de los jóvenes maestros. La juventud de hoy debe poner en tensión todo

su esfuerzo para lograr definitivamente un inmutable abrazo universal.

LAS nuevas corrientes ultranacionalistas seguidas por una parte de la juventud actual (por ejemplo, la «Acción Francesa», los «Casco de Acero», alemanes, o la «Giovenezza Fascista», italiana) marcan una tendencia a nada tranquilizadora hacia

la enemistad dentro y fuera de los países donde tales corrientes ideológicas germinan.

CREO que la mujer debe aspirar a su independencia económica. Esa es su mejor misión y su verdadero feminismo. Una mujer económicamente independiente puede mandar en su vida, sin necesidad de angustiosa espera matrimonial, sin ne-

cesidad de sacrificios afectuosos o fisiológicos, sin temor al imperativo de su naturaleza. Quizá fuera esa independencia económica de la mujer un dato más para plantear mejor el problema sexual.

LA educación que hemos recibido, saturada de un falso pudor atávico, y la misma sociedad cargada con lastres inútiles son obstáculos medrosos y empañan la claridad del problema sexual. Bueno y bello es poetizar los medios para llegar a un fin biológico; pero convertir en suplicio lo que puede ser sencillo y hermoso, es algo inhumano.

ANTE una página hermosa no pienso en prejuicios de nombre, de escuela, ni de época. Y así, me asombra Bach; me encantan Corelli, Scarlatti, Couperin, Rameau, Haydn y Mozart; me admiran casi siempre Beethoven y Wagner; me sorprenden Schumann, Schubert y Chopin; me entusiasman Borodin, Rimsky-Korsakov (a veces) y Moussorgsky, y más que ninguno Strawinsky; Falla y Scriabin me atraen, me inquietan, como los abismos o las grandes alturas; hallo en Prokofiev un delicioso infantilismo; y nadie me emociona más que Ravel.



Antonio José en su habitación de trabajo. El piano —un «Bernareggi & Gassó» desafinado por el tiempo— aún se conserva.

lia Sidar; son mujeres progresistas, abiertas a la cultura de su tiempo. Cuando las hermanas Sidar efectúan algún viaje a Madrid, Antonio José las abruma con peticiones y encargos: «En una caseta de la cuesta de Moyano hay una edición de...», «Cómprenme la partitura completa de...», «Si en los libros de ocasión ven cualquier cosa de Erik Satie...», «Vayan a casa de Adolfo Salazar y díganle...».

(Han pasado cuarenta años desde entonces. Concha y Emilia Sidar se dedican a desgranar recuerdos. El piano vertical está cerrado. Encima

de éste, una pequeña fotografía de Antonio José. Las horas de esta tarde invernal han transcurrido sin apenas sentir las...: «Conocimos a Antonio José en mil novecientos veintinueve, cuando regresó de Málaga. Llegamos a tener una gran amistad, una gran intimidad; pero nunca nos tuteamos. Costumbres de la época, claro. Nosotras le llamábamos siempre "maestro". Pero no era un hombre adusto, ni muchísimo menos. Siempre tenía ganas de bromear. Al final se le notaba cansado, preocupado. "Me ahogo en esta ciudad", nos decía a menudo. Necesitaba desenvolverse en otro medio

ambiente. Le hubiera gustado vivir en Madrid, o en París... En los dos sitios tenía muy buenos amigos...».)

Suele reunirse con sus amigos burgaleses en una taberna. Han creado una tertulia y la han bautizado, con siniestro eufemismo, «Peña del Ciprés». Contra lo que pueda creerse, los contentillos del «Ciprés» son alegres y bullangueros; poseen incluso un himno propio —una especie de marcha burlesca— compuesto por Antonio José. La creciente fama del compositor no ha hecho mella en su carácter. Sigue siendo un hombre sencillo y afable, aficionado a dar largas caminas acompañado por

unos amigos o solamente por su perro, un gigantesco animal llamado «Bruco». En el transcurso de tales paseos, Antonio José —lápiz y papel pautado en ristre— recoge cantos populares, tonadas campesinas, romances y baladas ignorados por los habitantes del asfalto...

Su ritmo de trabajo es cada vez más vivo. En 1929 da a conocer su célebre «Himno a Castilla»; con tal motivo, el Ayuntamiento de Burgos le hace entrega de una batuta cincelada por el orfebre Saturnino Calvo, amigo íntimo del «maestro» y compañero suyo en esporádicas escapadas a París. En 1931, la «Sonata gallega» obtiene el primer premio en un concurso nacional; sin embargo, la obra no agrada precisamente a los gallegos, quizá porque —así lo comenta Antonio José en una carta a un amigo— «no hay en la "Sonata..." ni una mala muñeira, y así lo mismo puede ser gallega que tirolesa». Ese mismo año, el musicólogo José Subirá publica un elogioso ensayo sobre la «Sulte Ingenua», de Antonio José; éste será el comienzo de una profunda amistad entre ambos músicos. En 1932 obtiene el Premio Nacional de Música por una extensa y documentada «Colección de cantos populares burgaleses»; Antonio José no se entera del fallo, y es Adolfo Salazar —el mejor crítico musical español del siglo XX— quien se lo comunica con algunos meses de retraso, reprimándole amistosamente: «Veo que no es usted muy asiduo lector de la "Gaceta"...». En 1934 la Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por Arbós, estrena la versión orquestal del «Preludio y danza popular»; en esta ocasión, Arbós desciende del podio, regala su batuta al joven maestro y le ruega que di-

EN música tengo gustos extrañamente amplios. Un ejemplo: «Pacific 231», de Honegger. Me parece una obra maestra por la técnica de la construcción, y sin embargo me es desagradable; la admiro, pero no me gusta. En otras obras me sucede lo contrario. Las que me han dejado recuerdo imborrable fueron «L'après-midi d'un faune», de Debussy, y «Dafnis y Cloé» y el «Cuarteto», de Ravel.

EN la valoración del trabajo reina la más absurda sinrazón. ¿Por qué se paga más a una zafia cupletera en una función que al director de una or-

questa sinfónica? Lo natural sería todo lo contrario. Lo justo sería pagar a nuestro sabio Ramón y Cajal por una conferencia lo que cobra Uzcudun por un «match» de boxeo, y a éste... ¿qué sé yo... comprarle un traje de pana fuerte y unas buenas botas de becerro; pero nada más.

ENCUENTRO bastante estrecho el criterio moral de la sociedad presente. El concepto del honor y de otras cosas semejantes me parece de un primitivismo inexplicable. Ese concepto falso está en lucha con la verdad racional, y la consecuen-

cia es el repugnante culto a la hipocresía que respiramos.

LAS generaciones anteriores e inmediatas a la mía (y en esto disiento de ellas) se han creído muy patriotas por decir que nuestro cielo, nuestras mujeres, nuestras flores, nuestras costumbres, nuestra valentía, nuestra nobleza y todo lo nuestro, en fin, es mejor que lo del vecino y es lo más interesante del mundo. Naturalmente, este «chauvinismo» es ingenio y hasta ridículo. La creencia de ser cada punto del planeta ombligo del mundo es una idea equivocada.

CON unas seis mil pesetas anuales, ¿qué puedo hacer? Ni viajar, ni comprar libros, ni descansar un mes en el verano... ¡ni nada! Esto es atroz. Me gustaría vivir en un ambiente mejor. Por lo menos, más amplio de espíritu. Aquí no hay más que cretinos y cavernícolas y

pobretes miserables. ¡Si yo pudiera vivir en Madrid!... Estaría mejor y ganaría más. En honra y en provecho. Pero... y, ¿dónde me incrusto yo en Madrid?

¡QUE mala consejera es la Historia pasada para vivir la presente!...

Antonio José

HOMENAJES

ANTONIO José es, a mi juicio, un excelente compositor que representa un aspecto personal importante de nuestra música. Sería lamentable que su obra se perdiera en el olvido. Deben actualizarse sus audiciones en beneficio del arte nacional.

Oscar Esplá

OSCAR ESPLÁ

LORAR hoy a Antonio José no es solamente un acto de gran afecto y de perenne fidelidad a su memoria por parte de sus amigos, sino que es un deber de todo español por la inmensa pérdida, para España y el mundo musical, de tan raro genio.

Albert Hemsí

ALBERT HEMSI

CONFIESO que Antonio José fue uno de los primeros músicos españoles que despertaron mi amor por Castilla, los Cabezón, Salinas y otros y otros ilustres compositores y tañedores de tecla del siglo XVI. Fue Antonio José un amigo que nunca podré olvidar, y como compositor, folklorista y músico, es digno de figurar entre los mejores que España produjo en el siglo XX.

Macario Santiago Kastner

MACARIO SANTIAGO
KASTNER

ANTONIO José llegará a ser el gran músico español de nuestro siglo.

Maurice Ravel

MAURICE RAVEL

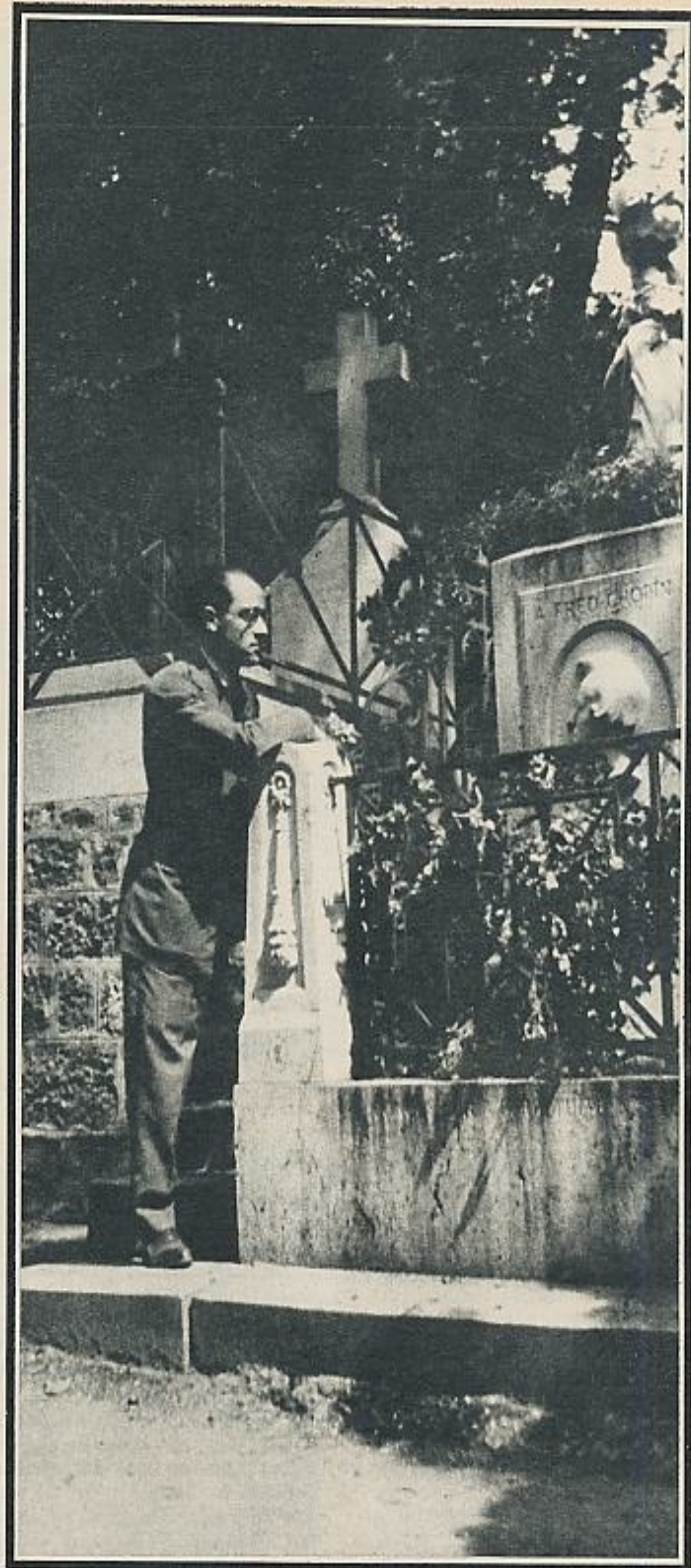
CREO firmemente que Antonio José estaba destinado a representar un papel preponderante en el panorama musical español. Era músico consciente, libre, con auténtica capacidad de

rija él su propia obra. Las ediciones Max Eschig, de París, publican sus «Tres Cantigas de Alfonso X», las cuales serán inmediatamente dadas a conocer por la soprano Angeles Oteín. Regino Sainz de la Maza estrena la admirable «Sonatina para guitarra». En una gira por las principales capitales europeas, el pianista Serge Tarmoxski interpreta invariablemente piezas del compositor castellano. En Chicago, Cara Verson da recitales de sus obras. Esther de King pronuncia conferencias sobre Antonio José y su música en diversas universidades norteamericanas. En Italia —según la revista italiana «Musica»—, las «Cantigas» de Antonio José se cantan casi tanto como las melodías de «El desfile del amor»...

En abril de 1936, la Sociedad Internacional de Musicología organiza un Congreso en Barcelona. Encabeza el comité de honor Lluís Companys, presidente de la Generalitat. La comisión organizadora está integrada por Higinio Anglés, Pau Casals, Conrado del Campo, Oscar Esplá, Francesc Pujol, Manuel de Falla, José Subirá, Robert Gerhard, Joaquín Turina, Jordi Rubió... Es invitado Antonio José a participar en el Congreso. Y el 23 de abril, en el Institut d'Estudis Catalans, presenta una ponencia sobre la canción popular burgalesa: «Recoger canciones populares —estas son las frases iniciales de la ponencia— es tarea penosa en cualquier región; pero en Burgos el empeño es de dificultades casi insuperables. Porque en Burgos apenas canta nadie, y los pocos que cantan, si es gente moza sobre todo, prefieren la despreocupada simpleza de un tango o de un trocito zarzuelero mejor que el intenso lirismo de una canción popular...».

El impacto producido por el joven compositor y folklorista burgalés entre los «grandes» de la musicología —además de los españoles antes citados se hallan presentes Khud Jepsen, Curt Sachs, Macario Santiago Kastner, Alfred Einstein, Ernst Krenek, Heinrich Bessler, Fernando Liuzzi, Marius Schneider...— es indiscutible. El crítico musical del diario «El Socialista» se hace eco de ello en una crónica: «Entre las comunicaciones científicas, destacaré una, aplaudidísima, de Antonio José sobre música burgalesa; no olvidemos que Burgos fue la cabeza de Castilla en tiempos antiguos...».

A partir de este Congreso se le abren a Antonio José las puertas del prestigio internacional. Antonio José puede continuar su camino con



París: Antonio José ante la tumba de Federico Chopin.

ANTONIO

seguridad y confianza. Al menos eso creen todos. E incluso él mismo.

El silencio

Antonio José está trabajando desde hace tiempo en un proyecto monumental: Una ópera en tres actos basada en un episodio del «Quijote». Se titula provisionalmente «El mozo de mulas», y él es también el autor del libreto. Tiene totalmente terminados los actos primero y tercero, y

tan sólo le falta pasar a limpio la orquestación del segundo acto. Antonio José piensa que para hallar un cauce adecuado a sus posibilidades debe trasladarse a Madrid y abandonar la pacífica y provinciana monotonía de Burgos. Así se lo dice a su íntimo amigo José Subirá. Y éste le aconseja que tenga un poco de paciencia.

(Treinta y cinco años más tarde,



Una de las últimas fotografías de Antonio José, junto a «Bruco», su perro lobo.

JOSE

José Subirá recuerda con claridad aquella última conversación mantenida con Antonio José. Ahora, Antonio José es sólo una imagen preterita, una fotografía dedicada con tinta roja, un rostro inmóvil entre otros varios rostros familiares: Turina, Bretón, Granados... José Subirá rebusca papeles, cartas, partituras, sin cesar de hablar, emocionadamente, de Antonio José. En el rostro fatigado y risueño de José

Subirá —casi noventa años de alegrías y amarguras superpuestas— hay una mueca vagamente triste: «Si, yo le aconsejé que permaneciese de momento en Burgos, que eran preferibles la tranquilidad y el tedio provincianos a las zancadillas y comadreos de Madrid. Todavía estoy arrepentido de haberle aconsejado así... Si Antonio José hubiese venido a Madrid, a estas horas estaría vivo... Sí, es necesario reivindicar

la memoria de Antonio José. Aunque sea, por desgracia, demasiado tarde...»)

El 18 de julio de 1936 estalla la guerra civil. Antonio José, concluida su ópera, ha empezado a componer un «ballet»; para reproducir materialmente las imaginarias evoluciones de los bailarines utiliza soldaditos de plomo. A mediados de agosto recibe la noticia de la muerte de Federico García Lorca, y sin saber exactamente por qué, se siente intranquilo, atormentado por un oscuro presentimiento. Pocos días después es detenido y conducido al penal situado en las afueras de la ciudad. Desde allí envía su última carta: «Ya tendremos tiempo (creo yo) de hablar despacio. Di esto a los amigos, y si puedes, haz de modo que nadie venga hasta aquí para verme. Es un sacrificio inútil y molesto para ellos y para mí. Tampoco quiero de ningún modo que se haga ninguna gestión en mi favor ni procurando mi libertad. No sé ordenar las cosas que quisiera decirte. Salud a todos y abrazos...».

En la noche del 8 al 9 de octubre, Antonio José encuentra su trágico destino en un montecillo próximo a la capital. El silencio cae como una espesa niebla sobre los muertos.

Sin embargo, cuando ese silencio estaba a punto de convertirse en absoluto se ha quebrado de repente. La figura de Antonio José resurge de entre sus cenizas y salta a la actualidad pública. A partir de ahora, sus obras van a ser nuevamente programadas en los conciertos. Sus estudios teóricos —y entre ellos la recopilación de folklore burgalés que le valió el Premio Nacional de Música de 1932— van a ser publicados en un libro. Su nombre ya no será más el de un compositor perdido en el pasado. Pero todo esto —qué duda cabe— no es sino un vano e insuficiente remedio póstumo. Porque nadie nos podrá restituir jamás a aquel Antonio José de carne y hueso, alegre y profundo, rebelde y comprensivo, castellano viejo de ideas nuevas, músico hasta la médula y hombre bueno hasta la última gota de su sangre. Yo sé que el cadáver de Antonio José «estaba lleno de mundo». Y por eso no puedo impedir que una creciente congoja me atenace la garganta y me enturbie los ojos, sobre todo cuando pienso que se nos murió cuando tenía más o menos la misma edad que yo tengo ahora, en estos instantes en que, vivo aún, termino como puedo estos deshilvanados, torpes y apasionados renglones. ■ S. R. S.

HOMENAJES

invención, manifiesta ya en sus obras juveniles. Pocas veces como en él se dio el caso —tan raro— de valer tanto el artista como el hombre.

Regino Sainz de la Maza

REGINO SAINZ DE LA MAZA

HAY una cualidad que los especialistas descubren muy particularmente en el artista burgalés: es el don precioso de la medida. Dice siempre lo justo, lo preciso. Con frecuencia hace gala de una noble sobriedad, que oculta una gran maestría.

Adolfo Salazar

ADOLFO SALAZAR

LAS tres I de un inolvidable artista... Agrupa tres rasgos la creación de Antonio José: un Idealismo, que desdeñó todo lo vulgar; una Inspiración, que asoció la juventud positiva con el encanto sugestivo, y una Independencia, que rechazó las fáciles maestrías rutinarias y los frágiles modernismos pasajeros.

José Subira

JOSE SUBIRA

JOVEN, apasionado, codicioso de ideal, este músico terrible pasea sus locos anhelos a orillas del Arlanzón, llevando bajo la pirámide su melena de ébano luminosas resonancias, que luchan por escaparse a través de sus miradas negras... Altivo, desprecia la adulación para encumbrarse; ambicioso, se indigna ante los triunfos de la vulgaridad y de la ramplonería.

Joaquín Turina

JOAQUIN TURINA

Todos los testimonios de homenaje que aquí se incluyen —a excepción, lógicamente, de los suscritos por Maurice Ravel, Adolfo Salazar y Joaquín Turina— han sido redactados recientemente por sus respectivos firmantes a petición del autor de este reportaje.